

## REFLEXIONES DEL PRESIDENTE DE LA CEB

### Comunión

La comunión de los cristianos ha sido una de las más grandes herencias que hemos recibido y ha sido como un “sello de distinción” que caracterizó a la iglesia a través de los tiempos. Así, vemos que Tertuliano (160 a 220 DC) quien fuera un gran escritor y defensor de la fe cristiana dijo hablando de los creyentes: “Pero es precisamente esta eficacia del amor entre nosotros lo que nos atrae el odio de algunos, pues dicen: “Mirad cómo se aman”, mientras ellos sólo se odian entre sí. “Mirad cómo están dispuestos a morir el uno por el otro”, mientras que ellos están más bien dispuestos a matarse unos a otros.”

Arístides de Atenas, que también vivió en el siglo II, fue un gran defensor de los cristianos ante el emperador Adriano. En una de sus obras escribió que los cristianos “Socorren a quienes los ofenden, haciendo que se vuelvan amigos suyos; hacen bien a los enemigos. No adoran dioses extranjeros; son dulces, buenos, pudorosos, sinceros y se aman entre sí; no desprecian a la viuda; salvan al huérfano; el que posee da, sin esperar nada a cambio, al que no posee. Cuando ven forasteros, los hacen entrar en casa y se gozan de ello, reconociendo en ellos verdaderos hermanos, ya que así llaman no a los que lo son según la carne, sino a los que lo son según el alma.”

Estas frases son solo una pequeña muestra de lo que Cristo hace cuando derrama su amor en nuestros corazones. Para el apóstol Juan el amor y la comunión son inseparables, y la comunión es la evidencia que andamos en luz. “Si andamos en luz como él está en luz, tenemos comunión unos con otros” (1 Juan 1:7) aunque no siempre resulta fácil. Porque la comunión es también algo que se construye día a día con nuestras actitudes.

Existe una leyenda árabe que ilustra la construcción de la comunión y la amistad. Esta leyenda dice que dos amigos viajaban por el desierto. En un determinado punto del viaje discutieron, y uno le dio una bofetada al otro.

El que recibió el golpe, ofendido y sin decir nada, escribió en la arena: “HOY, MI MEJOR AMIGO ME PEGÓ UNA BOFETADA EN EL ROSTRO.”

Siguieron adelante y llegaron a un oasis donde resolvieron bañarse. El que había sido abofeteado y lastimado comenzó a ahogarse, pero fue salvado por su amigo. Al recuperarse tomó un estilete y escribió en una piedra: “HOY, MI MEJOR AMIGO ME SALVÓ LA VIDA.”

Intrigado, su amigo le preguntó: ¿Por qué después que te lastimé, escribiste en la arena y ahora escribes en una piedra? Sonriendo el otro respondió: “Cuando un amigo nos ofende, deberemos escribir en la arena donde el viento del olvido y el perdón se encargaran de borrarlo; por otro lado cuando nuestro amigo hace algo grande, deberemos grabarlo en la piedra de la memoria del corazón donde ningún viento en el mundo podrá borrarlo”.

Escribir en la arena cuando nos lastiman, y escribir en la piedra cuando nos hacen bien, es una de las formas más eficaces de construir la comunión no solo entre amigos, sino también dentro del matrimonio, de la familia, de la iglesia y de la sociedad. El mismo origen de la palabra “comunión” nos sugiere un lugar en un “encuentro común” de donde surge la comunión de sentimientos, la comunión de ideales y la comunión espiritual. Comunión en griego es *koinonía*, que significa “compartir algo, tener compañerismo o tener participación en algo”

Sin embargo, más allá de cualquier comunión humana, la comunión más alta que podemos aspirar es la que podemos tener con Dios. Porque la verdadera comunión se inspira en Dios, brota de Dios y fluye sobre nuestras vidas. No podríamos hablar de una verdadera comunión entre nosotros si no comenzamos con la comunión con Dios, y no de una comunión circunstancial o pasajera, sino de una comunión íntima. La Palabra de Dios nos dice: “La comunión íntima de Dios es con los que le temen, y a ellos les hará conocer su pacto” El temor, en este caso, no significa miedo o terror, sino un gran respeto y deseo de complacer y obedecer a Dios. Cuando alguien tiene temor de Dios significa que en su fuero más profundo no quiere ofender a Dios, y evitaría con todas sus fuerzas hacer algo que le disguste.

La comunión íntima de Dios es con los que le temen, es decir, con los que no quieren que nada los separe de Dios. Esta comunión nace y crece en el tiempo de oración en secreto. “Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento (tu dormitorio), y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público.”

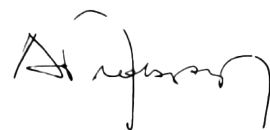
La oración en público es importante, porque cuando la iglesia oró de manera unánime, el “lugar donde estaban congregados tembló, y todos fueron llenos del Espíritu Santo” (Hechos 4:31) También la oración entre dos o tres es importante, porque Jesús dijo “donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mateo 18:20) Pero si queremos tener comunión íntima con Dios debemos estar a solas con él. En Salmos 51:6 David le dice a Dios “He aquí, tu amas la verdad en lo íntimo, y en lo secreto me has hecho comprender sabiduría”

Por medio del profeta Jeremías sabemos que Dios quiere tener comunión en “lo secreto”, en la intimidad, porque allí quiere hablarnos. En aquel tiempo algunos hablaban en nombre de Dios, pero Dios no les había hablado porque nunca estuvieron en el lugar secreto de Dios. “Porque ¿quién estuvo en el secreto del Señor, y vio, y oyó su palabra? ¿Quién estuvo atento a su palabra, y la oyó? ...Yo no envié a aquellos profetas, pero ellos corrían; yo no les hablé, pero ellos profetizaban. Pero si ellos hubieran estado en mi secreto, habrían hecho oír mis palabras a mi pueblo, y lo habrían hecho volver de su mal camino, y de la maldad de sus obras” (Jeremías 23: 18,21-22)

Ningún predicador, ningún pastor o maestro o evangelista debería hablar en nombre de Dios si antes estar a solas con Dios para preguntarle “Señor, ¿qué quieres que diga?” Aun cuando no tenga claridad, aun cuando pareciera que Dios guarda silencio y no llega a percibir nada, o diga con el salmista “Oh Dios, no guardes silencio; no calles, oh Dios, ni te estés quieto” (Salmos 83:1) aun cuando sea así, aun cuando no nos diga nada, Dios sigue esperándonos en la intimidad, en su lugar secreto. Porque allí Dios nos ve, y sabemos que Dios nos ve porque

Jesús dijo “tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público”. Si bien el Padre nos escucha, pero también nos ve. Y aunque guarda silencio no significa que no nos ve. Él te ve cada vez que oras a solas, Él te ve cuando no sientes su presencia y te parece todo vacío. Él te ve en la intimidad, en el secreto y está pensando de qué manera te recompensará en público.

Porque de esto se trata cuando hablamos de comunión. Una comunión que nace en la intimidad con Dios de donde fluye la verdadera comunión entre nosotros.



Alberto Prokopchuk  
Presidente